COSAS QUE PASAN

Miguel Ángel Castrillo Fernández

Primera edición, mayo de 2025
© Miguel Ángel Castrillo Fernández, 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:979-13-87805-00-5
THEMA: FB - FBA
DEPÓSITO LEGAL: M-12986-2025

COSAS QUE PASAN

Miguel Ángel Castrillo Fernández

avant
editorial

Para aquellas personas con una vocación profesional clara
y obligadas a sobrevivir sin poder ejercerla.

DESCUBRIENDO A HALINA

Aquel día al despertar, tuve una sensación distinta a los anteriores.

Era miércoles y después de tres días viviendo en aquellas circunstancias tan incómodas ya no me importaba salir de aquel extraño lugar sin haberme aseado; suponía que podría volver a hacerlo más tarde o más temprano.

Vestirme y calzarme no me ocupó más tiempo de lo necesario y la pesadez de mi ropa sucia incluso me liberó de aquella losa que arrastraba conmigo sin haber sido consciente hasta entonces. Por fin pude decir en voz alta sin molestar o escandalizar a nadie:

—¡¡¡A tomar por culo todo!!!

Y así dejar de intentar agradar a todo el mundo cuando en realidad me siento mal…

Una vez más me dirigí al manantial y me sentí muy seguro caminando en aquel sendero embarrado, gracias

a la calidad de mis botas entonces muy apretadas. En mi camino a coger agua en aquellas botellas, no podía sonreír; por supuesto, no deseaba ni un buen desayuno, ni un buen plato de spaghetti carbonara a mi vuelta. Mi pasta favorita…

Ni siquiera deseaba tener conmigo mi teléfono móvil o la posibilidad de vengarme de aquellos tipos que me lo quitaron, por decirlo de forma suave. No quería ver a mis amigos, ni siquiera a Olga.

Solo quería entender todo aquello…

Tres días eran ya más que tiempo suficiente para romper aquellas aureolas heladas que se habían apoderado de los dos. De aquella mujer y de mí.

El robo a punta de pistola y violento nos había dejado helados y un miedo en el cuerpo que en su momento disparó el volumen de liberación de nuestra adrenalina; lo que nos permitió llegar con todo aquello que pudimos coger hasta nuestro refugio.

Aquella cueva a la que yo llamo chamizo, aunque no sepa lo que en realidad ello significa, nos sirvió de refugio a los dos; y no fue hasta aquel cuarto día allí que mi percepción del entorno empezaría a cambiar.

Tras una noche de pesadas tormentas de verano, supe apreciar aquel techo sobre nuestras cabezas y aquellos espacios de la cueva en los que el agua no lograba filtrarse en días y noches como aquella.

Sentí incluso un extraño bienestar similar al que se siente cuando se aprueba de forma muy justa el examen

de aquella asignatura que jamás te ha interesado lo más mínimo.

Me sentía algo molesto cada vez que aquella mujer me mandaba a coger agua y ello se debía sobre todo a que no me lo pedía por favor; pero ese día fue distinto y lo aproveché para expresarme en total libertad, aunque fuese en soledad, sin temer que mis gestos o mis palabras hiciesen evidente que en realidad me gustaba y bastante.

Solo y liberado entre tantas limitaciones y precariedad; incluso me permití tardar algo más de lo acostumbrado en volver a aquel cuchitril como cada vez con varios litros de agua potable que garantizaban nuestra hidratación y un plato de arroz o pasta para comer con poco más que una lata de atún que le diese algo de sabor.

Era yo quien se encargaba de andar por aquel extraño lugar que empezaba a conocer muy bien, con aquellos dos botellones llenos de agua cada vez que Halina me lo ordenaba.

Pensé que ello me daba cierta autoridad en aquella fortuita convivencia, así que me permití hacer aquello que tanto me apeteció; aprovechando que estaba al lado del manantial me acaricié hasta explotar de placer… Sí, me masturbé en el monte.

Me pajeé y después me aseé de manera muy incómoda.

«A tomar por culo todo…», me dije. A tomar por culo el instituto, las notas para la selectividad. ¡¡¡A tomar por culo el mundo y con él mi aspecto!!!

Cuando terminé de asearme con aquella agua tan gélida, me puse a llenar una vez más las botellas de agua potable, buscando sin éxito respuestas a todas aquellas preguntas que me asaltaban.

Estando por fin llenas las botellas y yo algo más tranquilo gracias a aquella reciente eyaculación y al sonido de aquel manantial o riachuelo (tampoco conozco la diferencia entre ambos), me dirigí de vuelta al chamizo a paso muy lento.

Pensé en aquella mujer, Halina… En porqué había lavado mi ropa el día anterior y en cómo o porqué habría venido una mujer ucraniana a España y más concretamente de viaje a Jaén.

No tardaría en saberlo, aunque todo lo que supe acerca de ello no me empujaría a escribir esta historia; la razón es distinta… Muy distinta.

Al llegar de vuelta a la cueva, vi que Halina había doblado y colocado mi ropa ya seca en aquel sofá cochambroso, en el que yo no cabía cómodamente ni en la más encogida posición fetal.

Debió ver la cara de sorpresa que puse al encontrar dos calzoncillos, un pantalón de chándal, un par de calcetines y una camiseta todo ello de andar por casa, en el sofá que me había servido de cama desde que llegamos allí.

Aquellas prendas sucias que yo dejaba en una bolsa de plástico junto al pequeño sofá, estaban entonces no solo limpias y secas sino también dobladas.

Dejé avergonzado aquellos dos botellones de agua en el suelo y solo pude pensar que habría olido mi ropa sucia y peor aún… Que habría descubierto con sobrada evidencia que en la oscuridad de aquel chamizo, me masturbaba de noche cuando creía no ser visto.

Transcurridos unos instantes y solo entonces pude pararme a pensar en cómo diablos había lavado mi ropa y en otras cosas sobre las que hasta entonces no había recapacitado. ¿Cómo podía ella estar tan limpia si no teníamos ducha? ¿Cuándo iba al baño que en realidad no existía?, etc, etc...

Me sentí muy tonto, simple e incluso egoísta y entendí porque me enviaba a por agua potable de vez en cuando; dejé así pasar el resto de aquel día como los anteriores, sin cruzar muchas palabras y con algún que otro breve paseo cerca del refugio.

Nuestra salvación.

Al día siguiente me desperté con los ojos hinchados. Había dormido más tiempo de lo que era normal en circunstancias tan anormales y además había llorado en la oscuridad al pensar en mis familiares y en Olga… Llorar de alguna manera calmó un poco mis ánimos.

Miré al viejo colchón colocado en una esquina y en el que dormía Halina sobre mi saco de dormir (huelga decir por qué)… y vi que no estaba allí; si pude ver sin embargo su pequeña maleta celosamente cerrada y

aquella bolsa que afortunadamente pudo rescatar de su coche el día del puto robo y que era nuestro sustento más básico con algo de pasta, arroz, latas de conserva y poco más…

Miré la cueva de cabo a rabo y deduje que aquello era el refugio de algún cazador, pastor o algo similar en lo que sin duda era la sierra de Cazorla. En ella había un par de cazuelas, un enorme bidón para almacenar agua, varios platos y tazas, ningún cubierto con el que comer y varias cosas más cada cual más llena de mugre.

Abrí mi mochila, vi el desorden en su interior y tal y como había dormido, es decir, vestido… me incorporé tras ponerme mis botas y como cada mañana fui a rellenar aquellas botellas. Sin lavarme los dientes y sin ello importarme lo más mínimo.

Con mis pantalones vaqueros cada vez más pesados, emprendí mi camino hacia el manantial.

Pensaba en Halina y fuese cierto o solo imaginaciones mías tenía la sensación de que ella sabía mucho más sobre mí que yo sobre ella. De hecho, solo conocía su nombre y su nacionalidad. Había sido amable al parar su coche para invitarme a subir en él cuando así nos conocimos en extrañas circunstancias; pero me molestaba su indecisión sobre el momento en el que deberíamos ir a algún pueblo cercano en busca de ayuda tras varios días abocados a la vida en el chamizo.

No parecía muy afectada por lo ocurrido días antes y además no tenía ningún plan ante aquella situación. O por lo menos a mí no me había dicho nada al respecto.

Algo abatido me dirigí de nuevo al riachuelo con paso algo lento… no tenía ganas ni de mandar todo a tomar por el culo.

El suelo estaba ya seco y algunas ramas caídas crujían bajo mis pisadas mientras algún pájaro cantaba no lejos de allí…

Como algo orquestado por fuerzas de la naturaleza en aquellas raras circunstancias, por un momento desapareció cualquier pensamiento sobre Halina, aquella situación, mi pasado, futuro o cualquier otra cosa que no fuese yo andando solo por aquel lugar.

Experimenté el entonces presente como aconsejan hacer todos esos gurús espirituales que tienen canales en YouTube y lo cierto es que respirando profundamente varias veces, aquello que tanto me preocupaba dejó de preocuparme y solo me ocupé de rellenar aquellas botellas de agua.

A mi vuelta y en el no demasiado tiempo que empleaba en mi excursión a por agua, Halina había convertido aquel lugar en algo que nunca hubiese imaginado posible con tan pocos medios.

Cambiando de sitio las pocas y maltrechas cosas de aquella cueva alrededor de la hoguera que nos servía de cocina, consiguió que aquello fuese algo más que un refugio.

Había sacado de su maleta objetos de cuidado personal como unas tijeras, pañuelos desechables y todo aquello que una mujer lleva consigo en un viaje. Lo había colocado cuidadosamente sobre un estante hecho con piedras y una madera.

Aquello resultaba como una pintura rupestre llena de color y yo quien la descubriese, como un arqueólogo frente a un gran y nuevo hallazgo.

Improvisando de igual manera otro estante con piedras y encima una plancha de hierro oxidado, coloco en él los víveres que restaban de aquella bolsa de tela que rescató de su coche.

Se había sacado un As de la manga en forma de botella de vodka a la que le faltaba un poquito y un bote de café instantáneo del que me ofreció una taza tan pronto llegué del manantial.

Aquello fue como un truco de magia y Halina su maga ejecutora...

Todo aquello guardado celosamente durante los incómodos y largos momentos de silencio de los días anteriores estaba ahora a la vista de la manera más artística posible e imaginable. Todo menos el contenido de mi mochila, claro… que seguía allí arrinconada y en perfecto desorden.

Me senté en el suelo y miré los ojos azules de aquella mujer. Eché un vistazo de nuevo a mi alrededor y descubrí que aquel era el lugar en el que hubiese soñado pasar largas noches de verano. Lejos de la rutina de los estudios de asignaturas pendientes y todo aquello que

mi ordenador me ofrecía a través de su pantalla para no alcanzar a tocarlo, olerlo o saborearlo.

Lejos de mis amigos …

Sin embargo, algo no era como yo lo hubiese imaginado y es que no era Olga con quien yo estaba perdido, sino con una mujer que por su edad bien podría ser mi madre y de la que apenas sabía nada más que su nombre.

Probé el café mientras miraba a Halina y tras varios días sin un solo sorbo de algo con un poco de sabor, me pareció perfecto. Aquello resultaba como estar saboreando su cuerpo, que solo podía imaginar a través de su ropa. Me sentí extrañamente cómodo y desde su postura también sentada en el suelo me dijo:

—Mientras estemos aquí mantendremos este orden conmigo al mando y todo será más fácil para los dos.

Por primera vez no me molestaba el humo de sus cigarrillos y su acento extranjero empezó a cautivarme. Bebía diminutos y muy bien medidos sorbos directamente de aquella botella de vodka, por lo que imaginé que era la única que poseía.

Una vez más miré a mi alrededor sorprendido por sentirme tan de repente en aquella cueva mejor que en mi propia casa. Vi que incluso había recogido y colocado cuidadosamente junto a aquella hoguera también improvisada, un buen lote de leña seca y que había ido guardando parte del agua que yo traía, en aquel enorme bidón también oxidado en parte.

El puto chamizo me pareció de repente un oasis y no pude evitar sonreír.

En aquel escenario, mirándome de forma fría y distante como lo había hecho hasta entonces me comentó:

—Me llamo Halina como ya sabes y quiero que sepas que no tengo nada que ver con actos ilícitos o gente como los tipos que nos robaron. No podemos estar aquí muchos días más, nos queda poca comida y no sabemos que está pasando ahí afuera… ¿Que quieres hacer Miguel?

Ese es mi nombre.

Le pedí otro café y no supe muy bien que más decir en aquel momento.

—Esto que ves es todo con lo que contamos —añadió—. ¿Qué esperas de una mujer

como yo en estas circunstancias?

Volví a mirarla y solo entonces percibí un ligero aroma a gel que resultó ser el mismo de mi ropa que ella había limpiado. Estaba radiante y sentada en el suelo de aquella manera tan parecida a una estatua de Buda me proporcionaba una calma inusitada.

Así que la miraba sin disimulo, miraba su brillante media melena, aquellos vaqueros que tan bien le sentaban y ese finísimo jersey de lana blanco que destacaba en la semioscuridad del chamizo y que tanto protagonismo le daba entre tanta cochambre.